



Dria Paola, en una escena de «L'Home a la Griffe», producción Cines realizada por Hans Steinhoff

La artista alemana Rosy Barsony



PARA ADELGAZAR DELGADOSE PESQUI



No perjudica a la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua

Venta en todas las farmacias, al precio de 8'50 pesetas frasco, por correo 8'50. Laboratorio "PESQUI", Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa) España



Lupe Vélez y Ramón Pereda, en una escena del film Columbia Pictures, distribuido por «Artistas Asociados», «Hombres en mi vida»

Siempre es agradable reverdecer una buena amistad.

Y para nosotros, aun cuando la que nos une con Alvarez Rubio data solamente desde su pasada estancia en Barcelona—le conocimos con motivo de su actuación personal, cuando el estreno de «Drácula», el año pasado—, no es menos verdad que el simpático actor ha sabido hacerla tan entrañable como si fueran muchos los lustros transcurridos desde nuestro conocimiento, y no solamente unos cuantos meses.

El encuentro, pues, tiene la efusividad de rigor. Hay las breves evocaciones a su actuación de loco en «Drácula», y los naturales comentarios a la de sombrío «gangster» en el film que hemos visto esta temporada: «Los que danzan».

Luego entramos en materia. Es una charla de camaradas, mejor que la interviu obligada para los lectores del periódico. Resulta más íntima, más cordial. Es como si transmitiéramos algo de la mucha simpatía, del afable trato de Alvarez Rubio.

Primero conversamos de su trabajo en el Teatro Goya que, precisamente, termina esta tarde. Es un toque ligero a su labor artística de ahora. En seguida enfoca el mismo el asunto que nos interesa.

—Mi ilusión es el cine—afirma, y su voz se vuelve apasionada—. Deseo fervientemente colaborar en la cinematografía sonora española. Accidentalmente actué en el teatro, pero esto es más bien un compás de espera, ya que siento una verdadera embriaguez por el cine. Amigo mio, voy a aprovechar su amistad como un pregón—dice, de pronto, sonriendo—. Ayúdeme. Su amistad será mi anuncio. No soy, después de todo, un desconocido. Pongamos para informes «Drácula» y «Los que danzan».

—Accedemos. Encantados. Ahí queda el pregón.

—¿No trabajó usted nunca en el cine mudo español?—preguntamos luego.

—¡Sí, hombre! En «Rejas y votos», aquella continuación de «Las carceras» que editó Rafael Salvador.

—¿Le sirvió a usted de algo eso en América?

—Propiamente, no. Me marché a Hollywood con el solo bagaje de mis ilusiones y de la fe que tengo en mí mismo. Una aventura completa.

—¿Cuántenos—le rogamos.

—Fue sencillo—afirma, sonriendo, como ante la benevolencia con que le trató la diosa fortuna—. Comencé por dar unas recitaciones poéticas en Los Angeles: una en la Biblioteca Popular y otra en la Universidad de California. Y esta fue la piedra angular de mi suerte. Asistió a estas audiciones mister Kohner, el jefe del Departamento español de la Universal. Poco después me llamaban de sus Estudios. Y así entré a formar parte en la farándula del cinema.

—¿Estaban contentos con usted?—inquirimos.

—¡Hombre!—exclama él. Y de pronto:—Pues sí; sí, señor. Sin falsas modestias. Muy contentos. Me dieron una carta en la que reputan mi

• NUESTROS REPORTAJES •

Una charla con Pablo Hernandez Rubio



actuación como de lo mejor que se ha hecho en español. Esta fue una distinción que agradecí muchísimo; pero aún añadieron otra: la de entregarme los clises de mis fotografías de propaganda y regalarme una prueba cinematográfica de toda mi actuación en el expresado film. Quienes conocen aquello, saben que es esto tan poco corriente, que resulta excepcional.

—¿Qué sueldo tenía usted allí?

—Setecientos dólares semanales. Pero—añade, al ver nuestro gesto de asombro—; advierta usted que mis pretensiones en España serían algo más modestas. En América, mi sueldo no es exagerado. El actor que hacía mi papel en inglés, cobraba dos mil dólares a la semana.

—Por lo que se desprende, está usted completamente licenciado ahora, ¿no es eso?

—En absoluto. Sin embargo, la Universal se reservó un «first call» conmigo. Una especie de derecho primordial. Es decir que, en igualdad de condiciones, puede ella siempre contratarme con preferencia a cualquier otra empresa.

—¿A qué estima usted, amigo Alvarez Rubio, que es debido el cierre de la producción hispana en Hollywood?

—Eso ya deben haberlo dicho otros. Al cambio. Las producciones

se hacen a base de dólares, y los ingresos quedan perjudicados con el cambio.

—¿Qué le parece el porvenir cinematográfico en España?

—¡Magnífico; soberbio!— responde el actor sin vacilación—. No puede ser más brillante. Convendría que el capital español no olvidase que la industria cinematográfica es la segunda en importancia en los Estados Unidos. Solamente la supera el acero. Sin embargo, aquí hacen falta técnicos. Esos los necesitan las empresas españolas que se determinen a actuar. Y advierta usted que esos técnicos están dispuestos a venir, y ya que viene al caso, señale que uno de los que vendría encantado, sería Antonio Moreno.

—Antonio Moreno?—repetimos.

—Sí, amigo. Vendría como director. Me autorizó para que lo dijese en la primera oportunidad. No se sorprenda. Resultaría excelente. En «Los que danzan» cooperó en la dirección de un modo efficacísimo. No hay que olvidar que son dieciocho años de práctica, los suyos.

—A propósito—decimos de repente—. Sáquenme de una duda. ¿De qué punto de España es Antonio Moreno?

—De Algeciras, afirmo usted rotundamente. Pero oriado en Sevilla. Por cierto, que su acento andaluz, influenciado por los modismos americanos, motivó el afianzamiento de nuestra amistad. Se empeñaba en que le corrigiera, y de cómo aprovechó mis consejos, puede usted observarlos en «Los que danzan».

—Díganos usted algo de Maria Alba.

—Pues que tiene un brillante porvenir. Y es encantadora, simpatísimas.

—¿Qué hay de cierto en esas historias que circulan acerca de su ligereza?

—Ganas de hablar, sencillamente. Porque han visto que muchos la abrazaban, la cosa ha bastado para formar la leyenda. Sin embargo, de mí no permitió la menor libertad. Y cuando protesté alegando que éramos compatriotas, me dijo que precisamente por eso. Que mis abrazos tenían otro aspecto que los de los sajones. Los de éstos, completamente inocentes; los míos, llenos de picardía. ¿Sabrá usted que se ha casado recientemente?

—¿Cómo?... Pero si se afirmaba que lo estaba aquí...

—No sé, pues, cómo se lo habrá arreglado. Pero se casó con un directivo de la Fox. Eso es cierto.

—Para terminar. ¿Cree usted que los yanquis renuncian definitivamente a la producción española?

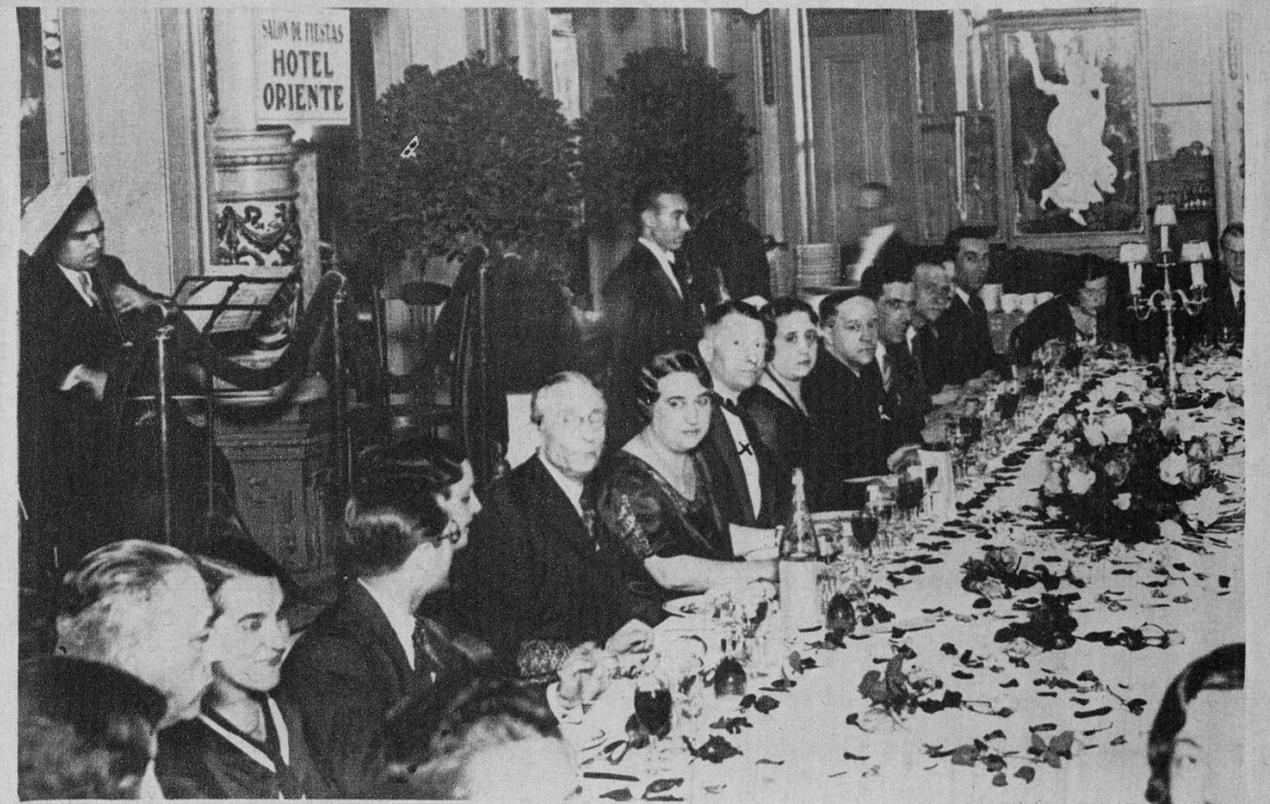
—Me parece que no. Es más bien un experimento que realizan. Si en España arrancaran los Estudios españoles, pronto les tendríamos aquí y con el poder de su dinero se harían los dueños de todo. Si se fracasara, pues se quedarán contemplando el espectáculo desde la barrera.

—Así...

—El cine de habla hispana no morirá. Téngalo por seguro. Después del inglés, es lo que más interesa y preocupa a los yanquis. Y esto basta.

JOTEMACHE

Banquete de homenaje a D. Enrique Huet



La presidencia



Aspecto que ofrecía el salón de fiestas del Hotel Oriente, en donde se celebró el banquete. — (Fots. Badosa)